Red Mundial de Oración del Papa

LA ASUNCIÓN de la Santísima Virgen María



Al haber terminado el curso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial

BOLETÍN No. 77 AGOSTO 2026

ÍNDICE

EDITORIAL 3

INTENCIONES DE ORACIÓN DEL SANTO PADRE, AGOSTO 2026
"POR LA EVANGELIZACIÓN EN LA CIUDAD" 6

HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV EN LA SOLEMNIDAD DE LA ASUNCIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA 8

CULTIVAR LA FE EN FAMILIA, ***Fernando Pascual*** 13

NADA NOS SEPARA DEL AMOR DE CRISTO,
P. Alfredo Infante S.J. Provincial 20

RESÉRVATE TIEMPO 24

LA MAGNIFICA HUMANITAS DEL PAPA LEÓN XIV: NUEVA VISIÓN Y NUEVO ESTILO PONTIFICIO, ***Leonardo Boff*** 25

MENSAJE PASTORAL DE LOS OBISPOS VENEZOLANOS,
CEV 29

REFLEXIÓN / CONTACTOS 35

ÁLVARO LACASTA S.J.
Director Nacional de la Red Mundial de la Oración del Papa. VENEZUELA

EDITORIAL

Con gran alegría celebramos la *Solemnidad de la Asunción de la Santísima Virgen María*, misterio que proclama que, al finalizar su vida terrena, fue llevada en cuerpo y alma a la gloria del cielo. En María contemplamos la plenitud de la gracia de Dios y el destino al que todos estamos llamados: vivir para siempre en comunión con Él.

La imagen de María elevada al cielo puede parecernos distante de nuestra experiencia cotidiana. El paso de los años transforma nuestro cuerpo, deja huellas en el rostro y nos recuerda nuestra fragilidad. Sin embargo, la Asunción nos revela que la verdadera belleza de la persona no depende de la juventud, de la apariencia física ni de los modelos estéticos que muchas veces nos impone una sociedad marcada por el consumo y la superficialidad.

En María se unen la pureza del corazón y la glorificación de todo su ser. Su belleza no depende de un rostro hermoso: depende de una vida abierta a Dios, entregada al servicio y llena de amor. Por eso, *la Asunción nos invita a mirar más allá de las apariencias y a reconocer la dignidad presente en cada etapa de la vida: en la*

ternura de un niño, en la energía de un joven, en la responsabilidad de un adulto y en las arrugas llenas de historia de nuestros ancianos.

Vivimos en un tiempo que con frecuencia valora más lo exterior que la bondad, la verdad y la generosidad. Muchas personas terminan sintiéndose prisioneras de ideales imposibles de belleza y éxito, mientras olvidan que el amor es el adorno más hermoso del ser humano. El amor transforma y hace resplandecer incluso las realidades más sencillas de la vida.

La Solemnidad de hoy nos ayuda a descubrir que el cielo no es una realidad completamente ajena a nuestra existencia. Podemos encontrar pequeños destellos de cielo en el hogar de unos padres que regresan cansados, pero felices de encontrarse con sus hijos; en los abuelos que siguen entregando cariño; en los jóvenes que eligen vivir con honestidad; y en tantas personas que, con fe y perseverancia, hacen el bien cada día.

María, humilde sierva del Señor, nos enseña que Dios puede realizar grandes obras en la sencillez de un corazón disponible. En su Magníficat reconocemos la alegría de quien se sabe amado por Dios y descubre que la humildad no disminuye a la persona, sino que la abre a la grandeza de la gracia.

La Virgen Asunta es también imagen y principio de la Iglesia, signo de esperanza y consuelo para todos los creyentes. En ella contemplamos anticipadamente nuestra propia vocación a la vida eterna. Su gloria nos recuerda que nuestras fatigas, luchas y sufrimientos no tienen la última palabra, porque Cristo resucitado ha abierto para nosotros el camino hacia la plenitud.

Celebrar la Asunción es renovar la esperanza y revisar el rumbo de nuestra vida. Como nos invita san Agustín, sigamos la luz del

Resucitado y cambiemos de camino cuando sea necesario. Miremos a María como Madre, guía, compañera y protectora, y aprendamos de ella a llevar un poco de cielo a la tierra mediante la caridad, la fe y el servicio.

Que la Virgen María nos ayude a descubrir la belleza verdadera, esa que nace de un corazón limpio, compasivo y generoso. Y que, siguiendo sus pasos, podamos caminar con confianza hacia la gloria que Dios ha preparado para sus hijos.





INTENCIONES DE ORACIONES DEL SANTO PADRE CONFIADAS A LA RED MUNDIAL DE ORACIÓN, AGOSTO

POR LA EVANGELIZACIÓN EN LA CIUDAD

Oremos para que, en las grandes ciudades, a menudo marcadas por el anonimato y la soledad, encontremos nuevas formas de anunciar el Evangelio, descubriendo caminos creativos para construir comunidad.

Comentario Pastoral

Después de los dos terribles terremotos del 24 de junio pasado, que han costado miles de víctimas, se ha acentuado la sensación de impotencia y soledad en muchos hogares. Han desaparecido familias enteras y otras han perdido varios miembros fundamentales como los padres. Los grupos de rescatistas venezolanos, y los que han venido de varios países, han hecho y siguen haciendo un trabajo maravilloso para rescatar personas bajo los escombros y dar cobijo y alimentación a quienes lo han perdido todo. Es una nueva forma de anunciar el evangelio, como nos pide la intención de este

mes. Jesús nos dice que amar al prójimo es tan importante como amar a Dios, porque cada prójimo es hijo de Dios y necesita ayuda en momentos de catástrofe como la que ha vivido Venezuela. Ese sentimiento tan fuerte de compasión que lleva a los rescatistas a darse a sí mismos hasta el agotamiento es una señal clara de la presencia de Dios para tanta gente que sufre. Jesucristo en su pasión tuvo muy poca gente cercana y compasiva: la Verónica, su madre la Virgen, Juan su discípulo y el buen ladrón. Después de la resurrección constituyó la Iglesia con sus apóstoles y discípulos y les otorgó poderes nuevos para evangelizar a judíos y gentiles. Así puede ocurrir ahora en esta Venezuela tan necesitada de amor, de compasión, de ayuda, de fraternidad. No sabemos si los rescatistas son religiosos, en el sentido de que cumplen los mandamientos, van a misa los domingos, etc., pero su trabajo abnegado es religión en acción, es evangelización sin palabras, es presencia de Jesucristo muerto y resucitado, es construcción de comunidad.

Vamos a rogar mucho estos días para que, en la medida de nuestras posibilidades, ayudemos con la oración y las donaciones para que los muchos damnificados sientan que formamos una sola Iglesia llena del Espíritu Santo.

P. Fco. Javier Duplá sj.



Santa Misa en la Solemnidad de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María



HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV

Queridos hermanos y hermanas:

Con gran alegría celebro también este año con ustedes la Solemnidad de la Asunción.

El Magisterio de la Iglesia nos enseña que «María, cumplido el curso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria Celeste» (Pío XII, Const. apost. *Munificentissimus Deus*, 1 noviembre 1950) y nos indica, en este Misterio, el cumplimiento de la plenitud de gracia que Dios le ha dado en su Concepción Inmaculada (cf. *ibíd*.).

Por eso, muchas obras de arte la representan, al final de su vida terrena, como una joven hermosa que se eleva físicamente desde la tierra hacia el cielo. Se inspiran en la escena descrita en el pasaje del Apocalipsis que hemos escuchado en la primera lectura: «Una Mujer vestida del sol, y la luna bajo sus pies» (Ap 12,1), para significar que en el corazón de María se encuentran el cielo y la tierra, el tiempo y la eternidad.

Esta imagen aparentemente contrasta con la experiencia de lo que produce en nosotros el paso de los años. Con la edad, de hecho, nuestro cuerpo no se hace más ágil, sino más pesado; la piel no se vuelve más fresca, sino que muestra los signos de la vejez; el cabello no toma color ni brillo, sino que se vuelve gris y luego blanco. Entonces, ¿qué tenemos en común con la joven maravillosa que encontramos pintada en nuestros retablos?

Para comprenderlo debemos mantener unidos los dos signos que hemos mencionado: el cuerpo incorrupto de la Madre de Dios y su corazón inmaculado. Es la pureza del alma, en efecto, que en María –como en nosotros—por gracia de Dios ilumina y transfigura a toda persona, llevándola a la gloria del Cielo.

La glorificación de María en alma y cuerpo nos enseña que nuestra verdadera belleza no consiste en ocultar los signos del tiempo que pasa, sino en mostrar también en nuestra carne los signos del amor que no tiene fin (cf. 1 *Co* 13,8).

Nos invita, de este modo, a revisar muchos de los cánones estéticos, predominantemente de tipo hedonista y consumista, que el mundo nos impone, y que corren el riesgo de aprisionarnos en condicionamientos pesados, haciéndonos desperdiciar energías valiosas en lo que no es realmente importante ni dura para siempre. En la experiencia común, se pueden encontrar personas con el rostro marcado por los años y los sufrimientos, pero capaces de irradiar serenidad, benevolencia y paz a su alrededor; como se pueden observar otras, quizás exteriormente atractivas, pero duras y frías en su interior. Y es fácil entender dónde está la verdadera belleza y dónde, en cambio, hay todavía necesidad de conversión, perdón y curación.

Si de verdad deseamos descubrir y cultivar la belleza divina que nos rodea y para la que hemos sido creados, así como difundirla a nuestro alrededor, debemos aprender a leerla tanto en el rostro tierno de un niño como en las arrugas de un anciano, en la vivacidad de un joven como en la compostura de un adulto, en los adornos de la fiesta como en la vestimenta y en las herramientas de trabajo. Debemos escuchar las historias de amor únicas que cada una de estas realidades nos cuenta, reconociéndolas como pequeños destellos en el cielo.

El amor es el ornamento más hermoso del hombre: el amor que transfigura, transforma, ennoblece y lleva a lo alto; que nos hace ligeros, libres, cercanos a Dios, incluso a través de los altibajos de la vida.

El amor es el ornamento más hermoso del hombre

San Pablo VI, al meditar sobre el misterio de la Asunción de la Virgen, decía que para comprender su significado «debemos convertir en superlativos y absolutos los términos que usamos en el lenguaje terrenal […], para imaginarnos, a pequeña escala, lo eterno» (*Homilía*, 15 agosto 1969). Y a propósito de este encuentro, en la Madre de Dios, entre lo infinito y lo finito, el Papa Francisco escribía: «María es la que sabe transformar una cueva de animales en la casa de Jesús, con unos pobres pañales y una montaña de ternura» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 286).

El milagro que María, la doncella de Nazaret, vivió en su corazón inocente, y que la llevó a la gloria del Cielo, es el encuentro de extremos, como ella misma da testimonio en las palabras inspiradas del Magníficat, que hemos escuchado en el Evangelio (cf. *Lc* 1,46-55). En este cántico, a través de las humildes expresiones de su fe, la Madre del cielo nos habla de modo sencillo de grandes misterios:

Dios que en ella se hace hombre para salvar a los hombres, el Eterno que en ella se manifiesta en el tiempo para abrirnos también a nosotros el camino de la eternidad, mostrándonos al mismo tiempo, en su condición de "humilde sierva", la "pequeña dimensión" en la que también nosotros podemos encontrar al Señor, como decía san Pablo VI.

La sublimidad del Misterio […] Podemos encontrarla allí donde hay verdadera caridad

La sublimidad del Misterio que celebramos, entonces, no debemos buscarla lejos. Podemos encontrarla allí donde hay verdadera caridad: en los ojos de un padre y una madre que vuelven a casa después de una jornada de trabajo, cansados pero felices de estar con sus hijos; en los rostros de los abuelos y las abuelas que, a pesar de las dificultades de la edad, se reactivan con energías inesperadas al cuidar a los nietos; o incluso en el compromiso de jóvenes que se esfuerzan por crecer limpios y honestos, listos también para ir contra la corriente respecto a "lo que todos hacen"; finalmente, en la obra de tantos hombres y mujeres que diariamente, con fe y dedicación, contribuyen a llevar un poco de Cielo sobre la tierra y la tierra hacia el Cielo.

Queridos hermanos, el rostro bellísimo de la Asunción es único, supera toda representación posible y, sin embargo, al mismo tiempo nos es conocido: es el de las personas que están a nuestro lado, incluso en este momento, de los hermanos y hermanas con quienes compartimos, en la fe, la ofrenda diaria de nuestra vida. Por eso, en la mujer del Apocalipsis la comunidad de los creyentes se ve a sí misma, y el Concilio Vaticano II describe a María como «imagen y principio de la Iglesia, […] signo de esperanza cierta y de consuelo»

(Const. dogm. *Lumen gentium*, 68). En su humanidad santa, por gracia de Dios, está también la nuestra, estamos llamados a vivir su misma plenitud de vida y a compartir su misma gloria.

San Agustín, hablando de la resurrección de Cristo, invitaba a los cristianos de su tiempo a hacer de ella la brújula y el punto de referencia de su existencia. Decía: *«Resucitó Cristo, y ya no morirá […]. Cambia de parecer, sigue a tu luz; levántate con la que resucitó»* (*Comentarios a los salmos* 126, 7).

Hagamos nuestra su invitación. Sigamos la luz del Resucitado, cambiando de rumbo si es necesario. Hagámoslo, particularmente hoy, mirando a María, que Dios coronó de gloria en alma y cuerpo, y que nos ha dado como Madre, guía, compañera de viaje y protectora en el camino del Cielo.



CULTIVAR LA FE EN FAMILIA



Cada familia cristiana es una "comunidad de vida y de amor" que recibe la misión "de custodiar, revelar y comunicar el amor, como reflejo vivo y participación real del amor de Dios por la humanidad y del amor de Cristo Señor por la Iglesia su esposa" (Juan Pablo II, "Familiaris Consortio" n. 17). Es una comunidad que busca vivir según el Evangelio, que vibra con la Iglesia, que reza, que ama.

Para vivir el amor hace falta fundarlo todo en la experiencia de Cristo, en la vida de la Iglesia, en la fe y la esperanza que nos sostienen como católicos.

En estas líneas queremos reflexionar especialmente sobre la responsabilidad que tienen los padres en el cultivo de la fe en la propia familia. No sólo respecto de los hijos, sino como pareja, pueden ayudarse cada día a conocer, vivir y transmitir la fe que madura en el amor y lleva a la esperanza.

Los hijos también, conforme crecen, se convierten en protagonistas: pueden ayudar y motivar a los padres y a los hermanos para ser cada día más fieles a sus compromisos bautismales.

Entre los muchos caminos que existen para cultivar la fe en familia, nos fijamos ahora en tres: la oración en familia, el estudio de la doctrina católica, y la vida según las enseñanzas de Cristo.

Muchas de las ideas que siguen son simplemente sugerencias o pistas de trabajo. La actitud de fondo que debe acompañarlas, el amor verdaderamente cristiano, da el sentido adecuado a cada una de las acciones que se lleven a la práctica. Un gesto realizado sin profundidad puede secar el alma, puede perder su eficacia. Es posible, sin embargo, iniciar algunos actos sin comprenderlos del todo, pero con el deseo de que nos conduzcan a una actitud profundamente evangélica, a un modo de pensar y de vivir que corresponda plenamente con lo propio de nuestra vocación cristiana.

1. La oración en familia

La oración es para cualquier bautizado lo que es el aire para los seres humanos: algo imprescindible.

Aprender a rezar toca a todos: a los padres, en las distintas etapas de su maduración interior; a los hijos, desde pequeños y cuando poco a poco entran en el mundo de los adultos.

La oración en la vida familiar tiene diversas formas. El día inicia con breves oraciones por la mañana. Por ejemplo, los padres pueden levantar a sus hijos con una pequeña jaculatoria; o, después de asearse o antes del desayuno, todos rezan juntos una pequeña oración (el Padrenuestro, el Ave María, parte de un Salmo o del Magnificat, etc.).

Otras plegarias surgen de modo espontáneo, según las necesidades de cada día. La familia reza por el examen de selectividad, por la situación de la fábrica donde trabaja papá o mamá, por las lluvias, por el eterno descanso del abuelo...

Son muy hermosas aquellas oraciones que recogen la gratitud de todos y de cada uno. Esas oraciones pueden fijarse en los hechos más sencillos: ya funciona el frigorífero, tenemos pasteles para la merienda, se acercan las vacaciones. O pueden dar gracias por hechos más importantes: el amor entre papá y mamá ha sido bendecido con un nuevo embarazo, acaba de nacer un nuevo sobrino, el abuelo ha superado la pulmonía, un amigo ha ido a encontrarse con Dios…

El clima de oración se prolonga a lo largo del día. Para ello, ayuda mucho crear un hábito de "jaculatorias", pequeñas oraciones espontáneas que dan un toque religioso a la jornada. "Señor, confío en Ti". "Creo, Señor, ayúdame a creer". "Te alabamos, Señor, porque eres bueno". "Gracias, Señor, por esto y por esto". "Jesús, manso y humilde de corazón, haz mi corazón semejante al tuyo".



La hora de comer permite un momento de gratitud y de unión en la familia. ¡Qué hermoso es ver que todos, junto a la mesa, rezan! Algunos hogares recitan el Padrenuestro; en otros, los padres y los hijos se turnan para dirigir una oración espontánea antes de tomar los alimentos.

Otro momento de oración consiste en el rezo del Ángelus (se puede rezar hasta tres veces en la jornada, o si se prefiere al menos a medio día) y del Rosario.

Para los niños (y para algunos adultos también), a veces el Rosario resulta un poco aburrido. Los padres pueden ayudar a los hijos a descubrir la belleza de esta sencilla oración, quizá enseñándoles a rezar primero un solo misterio, luego dos, etc., y explicando el sentido de esta hermosa plegaria dirigida a la Madre de Dios y Madre de la Iglesia.

Cuando llega la noche, la familia busca un momento para dar gracias por el día transcurrido, para pedir perdón por las posibles faltas, para suplicar la ayuda que necesitan los de casa y los de fuera, los cercanos y los lejanos. Es muy hermoso, en ese sentido, aprender a rezar por las víctimas de las guerras, por las personas que pasan hambre, por los que viven sin esperanza y sin Dios.

La oración constante ha permitido a la familia, chicos y grandes, descubrir que la jornada, desde que amanece hasta la hora de dormir, tiene sentido desde Dios y hacia Dios. Todo ello prepara a vivir a fondo los momentos más importantes para todo católico: los Sacramentos.

Si el Sacramento de la Eucaristía es el centro de la vida cristiana, también debe serlo en el hogar. La familia necesita descubrir la belleza del domingo, la maravilla de la Misa, la importancia de la escucha de la Palabra, la participación consciente y activa en los ritos.

Participar juntos, como familia, en la misa del domingo es una tradición que vale la pena conservar

Participar juntos, como familia, en la misa del domingo es una tradición que vale la pena conservar. También cuando los hijos son pequeños. Los padres pueden enseñarles, poco a poco, el sentido de cada rito, las posturas que hay que adoptar, el respeto que merece la Casa de Dios. Son cosas que luego quedan grabadas en los corazones para toda la vida.

La semana se vive de un modo distinto si arranca del domingo y desemboca en el domingo. Durante la semana, la familia busca vivir aquello que ha escuchado, que ha vivido en la celebración eucarística dominical. A la vez, se prepara con el pasar de los días para el en-

cuentro íntimo y personal con Cristo que tendrá lugar, Dios mediante, el domingo siguiente.

Ayuda mucho, en este sentido, hacer "visitas" a Cristo eucaristía durante la semana, de forma personal o en pequeños grupos (el padre o la madre con algunos hijos, varios hermanos juntos, etc.). También es muy provechoso, entre semana, recordar en casa cuál fue el evangelio del domingo anterior, o dar pistas para abrirse a los textos sagrados que serán leídos el domingo siguiente.

Además de buscar maneras para vivir mejor la Eucaristía, también es hermoso recordar el aniversario del bautismo de cada miembro de la familia. Si celebramos el nacimiento, ¿por qué no celebrar también el día en que empezamos a ser hijos de Dios y miembros de la Iglesia? Algo parecido podría hacerse con la confirmación, un sacramento que debemos valorar en toda su riqueza y que debemos tener muy presente en un mundo hostil al Evangelio.

En cuanto al matrimonio, el aniversario de bodas suele ser recordado por muchas familias católicas, incluso con la ayuda de algún día de retiro espiritual. En ese día, los esposos pueden renovar sus promesas matrimoniales, o hacer un momento de oración familiar con los hijos, quizá con la lectura en común de algún texto bíblico (por ejemplo, Tb 8,5-10, o Ef5,21-33).

Un sacramento que merece ser vivido por todos los miembros de la familia es el de la Reconciliación (la confesión). Los niños quedan muy impresionados cuando ven a sus padres pedir perdón, de rodillas, en un confesionario. No es correcto, desde luego, recurrir a presiones para que se confiesen. Pero sí es hermoso enseñarles lo que es el pecado, lo grande que es la misericordia divina, y cómo la Iglesia pide que nos confesemos con frecuencia.

Un ámbito de la oración familiar se construye con la ayuda de imágenes de devoción. No basta con colocar aquí o allá un crucifijo, una imagen de la Virgen o el dibujo de algún santo. La imagen tiene sentido sólo si evoca y eleva los corazones a la oración y a la confianza en un Dios que está muy presente en la historia humana.

En algunos hogares existe un cuartito en el que se encuentra una especie de "altar de la familia", donde todos se reúnen algún momento del día para rezar juntos, o donde cada uno puede dedicar un rato durante el día para meditar el Evangelio y dialogar de modo personal con Cristo. La tradición es hermosa, pues así es posible tener un lugar concreto donde todo ayuda a pensar en el Dios que tanto nos ama.

Existen otros modos para fomentar la oración en familia que se refieren a los tiempos litúrgicos. Por ejemplo, preparar un Belén en casa y tener ante el mismo momentos de oración y de cantos; ayudarse de la "Corona de Adviento" o de otras iniciativas parecidas para prepararse a la Navidad; dar un especial relieve a la Cuaresma como tiempo de oración, limosna y sacrificio; participar intensamente en la Semana Santa, de forma que permita a todos unirse íntimamente a Cristo; descubrir en familia el sentido gozoso de la Pascua y de Pentecostés, que ayude a participar del triunfo de Cristo y a descubrir la presencia del Espíritu Santo en lo más íntimo del corazón cristiano...

2. Aprender la fe en familia

Vivir en un clima continuo de oración abre los corazones al mundo divino. Esa apertura necesita ir acompañada por el estudio de todos, tanto de los padres como de los hijos, para conocer a fondo el gran regalo de la fe católica.

Los modos para lograrlo son muchos. La lectura y el estudio de la Biblia, especialmente de los Evangelios, resultan un momento esencial para conocer la propia fe. Para ello, hace falta recibir una buena

introducción, sea a través de cursos en la parroquia, sea a través de la lectura de libros de autores católicos fieles al Papa y a los obispos.

Existe, por ejemplo, un curso de Biblia "on-line" del P. Antonio Rivero, que ofrece una buena ayuda para comprender mejor los libros sagrados. Se encuentra en http://es.catholic.net/conocetufe/804/2778/

Fernando Pascual





NADA NOS SEPARA DEL AMOR DE CRISTO

En el contexto de los recientes terremotos que han afectado a Venezuela, el padre provincial **Alfredo Infante SJ** ofreció una homilía en el Colegio San Ignacio de Caracas. En su mensaje, Infante se dirigió a la comunidad, reconociendo el sufrimiento de aquellos que han perdido tanto y subrayando la importancia de la solidaridad y el apoyo mutuo. Sus palabras destacaron la presencia de Dios entre nosotros, manifestada a través de los actos de ayuda y consuelo, recordándonos que, incluso en tiempos difíciles, la fe y la unidad pueden ser nuestra fortaleza.

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy nos reunimos ante Dios con el corazón herido por el duelo, y lleno de preguntas sin respuestas ante el sufrimiento del inocente y ante tanto drama vivido como pueblo. ¡Otro golpe nos sacude!

Entre nosotros aquí descubrimos dos realidades que se abrazan: los rostros de quienes han vivido el impacto directo de esta tragedia, que cargan en su cuerpo el miedo del sismo y en su alma el vacío de

lo perdido; y también los rostros de quienes, movidos por el amor, también sacudidos por el sismo, se acercan al otro con impotencia, pero con un deseo inmenso de consolar y ayudar. A todos ustedes, mis queridos hermanos, les digo hoy: el Señor está aquí, en medio de nosotros. Él es el Emanuel, nunca nos abandona.

Es completamente humano que en estos días nos asalte y nos queme por dentro la pregunta: «¿Dónde estaba Dios cuando la tierra tembló?». No tengan miedo de hacerse esa pregunta honesta, Dios acoge nuestra oración sincera, la biblia está llena de gritos y oraciones desgarradoras hacia Dios. Hoy el Evangelio nos muestra a Marta saliendo al encuentro de Jesús con ese mismo dolor y con un reproche cargado de fe y desesperación: «Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano». Qué oración tan honesta. Marta no finge estar bien; le abre su corazón roto al Maestro. Y Jesús no la reprende, no la juzga por su reclamo. Al contrario, se conmueve hondamente con ella.

A todos nuestros hermanos que hoy lloran pérdidas, que miran con dolor los escombros de sus hogares o la ausencia de sus seres queridos, les repito las palabras del salmista: «el Señor mira sus trabajos y sus penas, y ensancha sus corazones oprimidos»

El sismo sacudió la tierra, derrumbó las paredes y nos dejó a la intemperie, pero no pudo sacudir el amor que Dios nos tiene. Los testimonios de fe en medio de tanta desgracia son una fuerza misteriosa que nos confirman y nos llena de esperanza. Personas que habiendo perdido todo han decidido levantarse y dedicarse a apoyar a los demás. Han encontrado en la solidaridad un camino de sanación. Como nos ha dicho san Pablo con una fuerza tremenda: *«¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, los peligros?». ¡Nada!*

Ni la fuerza de la naturaleza, ni las réplicas, ni el polvo de las ruinas pueden separarnos del Corazón de Jesús que nos lleva al Padre. Su amor es la única estructura que permanece intacta cuando todo lo demás se cae. Ante tanto desamparo Él es nuestro refugio, fortaleza y el que nos levanta.

Ante tanto desamparo Él es nuestro refugio, fortaleza y el que nos levanta

Por eso, Dios, en su misterio de amor, no nos consuela a la distancia. El profeta Isaías nos prometía hoy que el Señor «enjugará las lágrimas de todos los rostros».

¿Y cómo lo hace hoy, aquí y ahora? Lo hace a través de ustedes, mis queridos hermanos de la comunidad solidaria del Colegio San Ignacio. Como dice San Juan «a Dios nadie lo ha visto», Él no baja con una trompeta anunciándose desde el cielo; Él usa las manos de todos nosotros, nuestro tiempo, nuestros recursos, y sobre todo nuestra oración para secar las lágrimas de nuestros hermanos golpeados por la tragedia. Él actúa en nuestro corazón y desde nuestro corazón sosteniendo con su Espíritu de amor nuestros esfuerzos y amor.

Antes del evangelio, cuando escuchamos el Aleluya se decía: «Vengan, benditos de mi Padre, hereden el reino preparado para ustedes», el Señor nos recuerda que la fe se vuelve viva en la caridad. Ser solidarios hoy no es hacer un favor; es ser el rostro visible, los brazos y el consuelo de Dios para el que lo perdió todo.

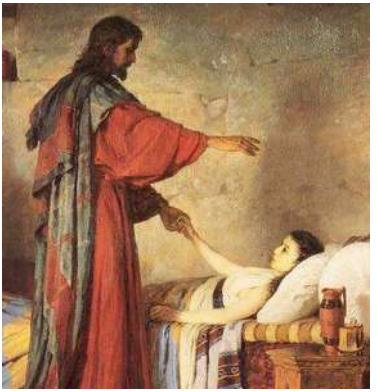
En Betania, muchos se acercaron a Marta y a María para darles el pésame y sostenerlas; hoy, esta comunidad se convierte en esa casa de Betania donde el dolor directo y el consuelo fraterno se funden en un solo abrazo.

Hermanos, la muerte, el miedo y las ruinas no tienen la última palabra. Jesucristo nos mira hoy a los ojos a cada uno de nosotros y nos dice: «Yo soy la resurrección y la vida… ¿Crees esto?». Responder «sí» en este momento de oscuridad es el acto de fe más auténtico que podemos ofrecerle. Significa creer que del polvo nos vamos a levantar, que con la gracia de Dios y la fuerza de la comunidad vamos a reconstruirnos y reconstruir lo que se ha caído, y que los corazones heridos volverán a encontrar La Paz, cicatrizados y renovados.

Sostengámonos unos a otros. Que el hermano afectado encuentre refugio en el hermano solidario, y que el hermano solidario reconozca a Cristo en el hermano que sufre. Que la Virgen María, que supo estar de pie al pie de la cruz, con el corazón traspasado por el dolor y con la fe puesta en su hijo, nos enseñe a permanecer firmes en la esperanza en esta hora difícil que vivimos. Nada ni nadie nos separa del amor de Cristo y de tanto dolor saldremos acrisolados como el oro.

¡Talita Kum! levántate y anda porque Jesús es la Resurrección y la Vida. Amén

P. Alfredo Infante SJ., Provincial



RESÉRVATE TIEMPO



Reserva tiempo para reír:
ésta es la música del alma.
Reserva tiempo para leer:
ésta es la base de la sabiduría.
Reserva tiempo para pensar:
ésta es la fuente del poder.
Reserva tiempo para trabajar:
éste es el precio del éxito.
Reserva tiempo para divertirte:
éste es el secreto de la eterna juventud.
Reserva tiempo para soñar
éste es el camino para llegar a las estrellas.
Reserva tiempo para:
ser amado es el privilegio del ser humano.
Reserva tiempo para ser útil:
sólo así tu vida tendrá valor.
Reserva tiempo para la oración:
éste es el camino para la felicidad.

¡Verás que tu vida es mucho mejor
de lo que tú te imaginas!



La *Magnifica Humanitas* del Papa León XIV:

NUEVA VISIÓN Y NUEVO ESTILO PONTIFICIO

Al terminar la lectura de la primera encíclica del Papa León XIV, notamos, con sorpresa, la introducción de un nuevo estilo de argumentación: ya no es aquel estilo eclesiástico clásico, con numerosas referencias a los pensadores cristianos de los primeros siglos, sino uno nuevo, contemporáneo, que dialoga con diversos saberes y autores, hombres y mujeres, más allá de su origen confesional. Nos parece estar leyendo un texto de algún teólogo contemporáneo.

Ante todo, cabe subrayar el tono general esperanzador de la encíclica al abordar un tema tan controvertido y espinoso como la Inteligencia Artificial (IA). Pero es realista al describir la situación mundial de permanente beligerancia: "no se trata de una descripción sombría y pesimista, sino de una denuncia necesaria" (MH, 210). Esa denuncia se vuelve cristalina cuando se refiere a "bombardeos contra civiles, ataques a hospitales, escuelas o infraestructuras vitales, violencias que afectan a niños… escándalos que hieren a la propia humanidad" (MH, 216). Es como si estuviera refiriéndose a los crímenes del ejército israelí en la Franja de Gaza. Asume la mirada de las víctimas "pues no es justo permanecer neutrales frente a los conflictos" (MH, 216).

Pero al abordar directamente el desafío de la IA, de manera positiva, afirma enseguida que ella continúa siendo siempre artificial y jamás sustituye a la inteligencia natural (MH, 97). Sin embargo, "puede representar una forma de participación en el acto divino de la creación" (MH, 111). Este dato implica que debe asumir "una responsabilidad ética y espiritual especial, pues cada elección de diseño expresa una visión de humanidad" (MH, 111; 117; 129). De hecho, este punto es decisivo en la comprensión del Papa: no basta considerar si la técnica y la IA son buenas o malas, y si sus fines son buenos, sino esclarecer "la visión subyacente, si ellas tratan al ser humano como material a ser perfeccionado o superado… o favorecen su progreso moral y social" (MH, 117). La IA "no es moralmente neutra, pues todo artefacto técnico implica decisiones y prioridades: qué mide, qué ignora, qué optimiza y la forma en que clasifica a las personas y las situaciones… Debe preguntarse: ¿cómo es el diseño?, ¿qué idea de persona y de sociedad se inscribe en los datos y en los modelos que la guían?" (MH, 104). Ella es "intrínsecamente ambigua: puede defender tanto como atacar, y la frontera entre la protección y la agresión tiende a desdibujarse" (MH, 183).

Es en este punto donde el Papa León realiza una crítica contundente a dos ideologías: el transhumanismo y el poshumanismo. Estos "otorgan centralidad total a la técnica y al sueño de superar los límites de la condición humana" (MH, 116). El transhumanismo busca exacerbar exponencialmente las capacidades humanas (mediante la biomedicina, la ingeniería corporal y los algoritmos) para ser más eficiente y así alcanzar ventajas lucrativas. El "pretende ir más allá del ser humano y conectarlo de tal modo con la máquina y el medio ambiente que inaugure una nueva etapa de la evolución" (MH, 116). Aquí se menosprecian los límites naturales del ser humano y se promete una "salvación" puramente técnica (MH, 117). Podemos decir

que hoy, como varios analistas han señalado, predomina una idolatría de la técnica, una verdadera religión. Entre nosotros lo ha denunciado públicamente nuestro neurocientífico, mundialmente conocido, Miguel Nicolelis.

Sería largo comentar los diversos puntos abordados por la encíclica *Magnifica Humanitas*. Prácticamente, su abanico se extiende desde las filosofías de la vida, pasando por la política (los diversos radicalismos), la economía (la financiarización y las criptomonedas), el rescate del corazón, la educación, la importancia del imaginario social, la cuestión del trabajo y la ecología, desembocando en las utopías basadas en la cultura digital, tecnológica y cibernética y, finalmente, en la civilización del amor. Esta "no es una utopía ingenua, sino un proyecto exigente" (MH, 186).



Esquemáticamente, es visible el trasfondo intelectual, teológico y espiritual del actual Papa. Se funda en San Agustín (354-430), inspirador de su Orden Religiosa (los agustinos). Como es sabido, el obispo de Hipona, uno de los genios del pensamiento occidental, articula su visión de la historia en el juego dialéctico entre las dos ciudades y los dos amores (129-130): la ciudad terrenal y la ciudad celestial, el amor a Dios y al prójimo y el amor a sí mismo. Bíblicamente significa: construir Babel, prototipo del ser humano que soberbiamente solo piensa en sí mismo, olvidando a Dios, y reconstruir Jerusalén, ejemplo del ser humano que hace la historia pensando en Dios y, a partir de Él, en sí mismo (MH, 130).

León XIV actualiza esta dialéctica con aquello que está ocurriendo actualmente: un *sistema de vigilancia y control* sobre las poblaciones,

propuesto por algunas plataformas digitales, especialmente la más perversa de todas, Palantir (controlar a todas las personas de un país y usar la IA para la guerra), y el sistema del *cuidado* del ser humano, de su relación respetuosa con la naturaleza y de la fraternización universal entre los seres humanos y de estos con el Todo. Toda su reflexión presupone este enfrentamiento actual. Toma partido claramente por el cuidado, por el amor desinteresado, por la mirada de las víctimas, de los pobres y de los oprimidos.

Nos presenta un texto contemporáneo, muy actual, con el lenguaje de nuestro tiempo y por ello accesible a todos, sin sacrificar la gravedad y la profundidad de las cuestiones que deben ser pensadas, asumidas y encaminadas de modo que generen esperanza en la posibilidad de un mundo diferente, afectuoso, amigo de la naturaleza y abierto al Infinito.

Concluyendo, podemos afirmar que el actual Papa, en la estela de San Agustín y de la gran tradición doctrinal de la Iglesia sobre las cuestiones sociales (resumidas en la encíclica MH nn. 28-44), vuelve a proponer el tema de la civilización del amor (término acuñado por el Papa Pablo VI). Así la define: "consiste en traducir la caridad en estructuras de justicia, en dar cuerpo institucional a la fraternidad y considerar al otro —sea persona o pueblo— como un aliado necesario para la construcción del bien común… Solo este amor puede generar un orden internacional estable, transformando la convivencia de una simple coexistencia armada en una comunidad de destino" (MH, 186).

Leonardo Boff

escribe para la revista del ICL LIBERTA (https://www.revistaliberta.com.br); escribió también *El cuidado necesario: en la vida, en la salud, en la educación, en la ecología, en la ética y en la espiritualidad*, Vozes, 2012

www.leonardoboff.org

Mensaje pastoral de los Obispos venezolanos

SAMARITANOS, TESTIGOS DE LA ESPERANZA



Julio 22, 2026

“Un samaritano también pasó por aquel camino y lo vio; pero este se compadeció de él. Se acercó, curó sus heridas con aceite y vino y se las vendó; después lo montó sobre el animal que él traía, lo condujo a una posada y se encargó de cuidarlo.” (Lc 10, 33-34)

1.- A la Iglesia que camina en Venezuela y a todas las personas de buena voluntad: gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre y de Jesucristo, el Señor, en el Espíritu Santo.

2.- El pasado 24 de junio, nuestra nación sufrió dos terribles terremotos, que causaron la muerte de miles de hermanos y la destrucción de muchas viviendas e infraestructuras, incluidas algunas eclesiales, llenando de dolor a toda la patria, especialmente a los que

han visto partir de este mundo a sus seres queridos. Si bien es cierto que la zona más perjudicada ha sido el litoral guaireño, también existen pérdidas y daños considerables en algunas zonas de Caracas y de los Estados Aragua, Miranda, Carabobo y Falcón. Esta catástrofe natural se viene a sumar a las ya difíciles condiciones sociales, políticas y económicas en que se desarrolla la vida nacional.

3.- En el primer mes de estos eventos luctuosos, y en continuidad con lo afirmado en el comunicado publicado por la presidencia de la Conferencia Episcopal Venezolana a las pocas horas de la tragedia, los obispos queremos dirigir un Mensaje pastoral conjunto de esperanza y solidaridad.

TESTIGOS DE LA ESPERANZA

4.- En estos días, muchas personas se nos han acercado para preguntarnos: **"¿Dónde está Dios en medio de tanta angustia?"**. A este interrogante, que atraviesa la historia de la humanidad, nosotros respondemos: Dios está precisamente en y con las víctimas; ellas son las preferidas del Señor Jesús, que es el verdadero buen samaritano del que nos habla el Evangelio (Lc 10, 25-37): Él unge con amor a todos los caídos en el camino, los lleva sobre sus hombros y los hospeda en la posada de la Iglesia donde pueden alimentarse con manjares celestiales y humanos para vivir en plenitud: ***"Vengan a mí todos los que están fatigados y agobiados, y yo les daré alivio"*** (Mt 11, 28-30). Esta es la senda que está llamada a recorrer la Iglesia entera (cf. DT 21). Dios está también en todos los samaritanos que, como Jesús, ayudan a los más necesitados.

5.- Para los cristianos, la esperanza es muy real porque está fundada en que uno de nosotros, Jesucristo, que nos representa e incorpora a Él (cf. GS 22), ha asumido y pasado por la mayor experiencia de soledad e injusticia posible, afrontando la propia muerte y gracias a su Amor extremo e incondicional ha resucitado,

destruyendo así el veneno y el poder de la muerte para regalarnos la vida en el Espíritu que nos permite dar sentido a los padecimientos de este mundo, encontrando en cualquier circunstancia motivos para el bien, para seguir luchando y para mirar a lo alto (cf. Rom 8, 28). Por eso, podemos exclamar confiados: ***"¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?, ¿dónde, oh sepulcro, tu victoria?"*** (1 Co 15, 55). Esta es la mayor aportación que hace la Iglesia a sus hijos que más sufren: ***"No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy; en el nombre de Jesucristo, levántate y anda"*** (Hch 3, 6).

6.- Por esto mismo hay que rechazar la manipulación de quienes, guiados por la superstición y el fundamentalismo, han afirmado que los terremotos son un castigo de Dios, una especie de venganza divina. Esta interpretación fue negada por el mismo Jesucristo (cf. Lc 13, 4-5). Los terremotos, así como otros desastres naturales, son fenómenos que responden al carácter cambiante del universo y del planeta en que vivimos. Es cierto que los hombres podemos agravar o acelerar las causas de tales fenómenos y sus consecuencias; y también es verdad que debemos hacer una lectura creyente de estos acontecimientos para entender lo que Dios nos pide a nivel personal y comunitario, pero no es correcto atribuirlos a una voluntad superior castigadora.

SAMARITANOS COMPASIVOS

7.- Siguiendo las huellas de Jesucristo, todos nosotros estamos urgidos a ser samaritanos compasivos. Para los creyentes, la compasión es sufrir con el otro, al que se reconoce una dignidad sagrada y con el que nos comprometemos gratuitamente para aliviar su dolor y para acabar con sus causas. La compasión verdadera nace de haber experimentado las entrañas de misericordia del Padre, que entrega lo que más ama por nuestro bien: ***"Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna"*** (Jn 3, 16).

8.- Exhortamos a compartir el dolor de las víctimas de estos sismos y a llevar siempre en el corazón y en la memoria el llanto de los padres y madres que han perdido a sus hijos, las lágrimas de tantos niños huérfanos, la angustia de los que han buscado por días entre los escombros a sus seres queridos… El Espíritu Santo nos invita a acercamos a ellos con los pies descalzos, como Moisés en el Sinaí (cf. Ex 3,5), porque estamos ante un misterio que nos sobrepasa.

9.- Desde esta perspectiva, nos conmueve la solidaridad de la que hemos sido testigos, especialmente la del pueblo pobre que ha sido, sin duda, el principal samaritano. Nos estremece y alecciona el heroísmo de los que han arriesgado sus vidas para rescatar a muchos de entre las ruinas desde el primer minuto de la catástrofe, el sacrificio de las madres que han sostenido la vida de sus hijos durante prolongadas y angustiosas jornadas, la perseverancia de los rescatistas y voluntarios, mención especial merecen los extranjeros, que nos han demostrado que todos los hombres somos hermanos por encima de fronteras y banderas. Ahí está Dios. Por esto y por otras formas de verdadera compasión, bendecimos a Dios.

10.- Agradecemos la solidaridad de toda la comunidad cristiana, empezando por la sensibilidad del papa León XIV, que está permanentemente atento a la situación actual de Venezuela; así como la de las distintas Conferencias Episcopales del mundo. La Iglesia sigue siendo fuente de esperanza y aliento para todas las víctimas con su oración y acompañamiento en el duelo; pero, también, a través de la eficaz estructura solidaria de las Cáritas nacional, diocesanas y parroquiales, y de las demás instituciones eclesiales nacionales e internacionales que han abierto sus puertas, desde el inicio de la tragedia, para quien lo necesite sin mirar su credo o ideología. ***"La solidaridad nace precisamente cuando decidimos no permanecer indiferente frente a aquello que le suceda a nuestro tiempo»*** (*Magnifica humanitas*, 74)

SAMARITANOS LLAMADOS A RECONSTRUIR

11.- Con los ojos puestos en Cristo y en su mejor icono humano, que son las víctimas, hacemos un llamado a la pronta y profunda reconstrucción de lo destruido por los terremotos; para ello es imprescindible crear las condiciones necesarias que permitan que todas las familias damnificadas puedan cumplir con sus fines propios por sí mismas, sin dependencias ni paternalismos, lo cual implica tener acceso a viviendas y trabajos dignos. Además, es esencial reparar sus heridas interiores, espirituales, afectivas y psicológicas.

12.- En esta tarea de reconstrucción, no debemos olvidar de ningún modo a los otros sufrientes de nuestra nación: los presos políticos, los trabajadores y pensionados que subsisten con salarios o pensiones de miseria, los enfermos, los inmigrantes… en todos ellos vemos al propio Señor (cf. Mt 25, 31-46) y tenemos el deber moral de luchar por su dignidad sagrada.

13.- La reconstrucción nos exige también hacernos eco de la indignación de las víctimas de los terremotos que se vieron desatendidas por las instituciones públicas. Como hemos dicho arriba, los desastres naturales son impredecibles; pero, es obligación de las instancias del Estado estar preparadas para afrontarlos. En adelante, todos debemos velar para que en las labores de reconstrucción no se repitan los mismos errores que en el pasado, ya que, de lo contrario, los más débiles volverán a sufrir las consecuencias de la corrupción y la indolencia.

14.- Como Iglesia nuestra primera preocupación es la vida y salud de los afectados. También tenemos la preocupación por la salvaguarda de los templos y monumentos religiosos, que forman parte de la memoria histórica y artística de nuestro pueblo, donde conservamos con veneración imágenes sagradas muy queridas por los venezolanos como el Cristo de la Salud en La Guaira y el Nazareno de San Pablo en Caracas, entre otras.

INVITACIÓN FINAL

15.- Finalmente, invitamos a todos los fieles a participar de las celebraciones eucarísticas que en cada una de nuestras parroquias y comunidades se celebrarán el día 24 de julio al cumplirse un mes de los terremotos por las almas de los difuntos de esa catástrofe, por todas las demás víctimas y por la patria entera.

16.- Nuestra oración se fortalece cuando lo hacemos juntos. Sigamos impulsando iniciativas en todas nuestras comunidades para recolectar insumos y asegurar que la ayuda llegue a cada familia que lo necesita y por el tiempo que sea necesario. ¡Tras el temblor, el amor!

¡Dios no nos abandona! Camina con nosotros y nos acompaña y anima en la reconstrucción de nuestra patria ¡Que la bendición de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y la maternal protección de Nuestra Señora de Coromoto, acompañen siempre el caminar de nuestra amada nación!



"Es la pureza del alma, en efecto, que en María –como en nosotros– por gracia de Dios ilumina y transfigura a toda persona, llevándola a la gloria del Cielo.

En la experiencia común, se pueden encontrar personas con el rostro marcado por los años y los sufrimientos, pero capaces de irradiar serenidad, benevolencia y paz a su alrededor; como se pueden observar otras, quizás exteriormente atractivas, pero duras y frías en su interior. *Y es fácil entender dónde está la verdadera belleza y dónde, en cambio, hay todavía necesidad de conversión, perdón y curación".*

Solemnidad de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María
Homilía del Santo Padre León XIV

RED MUNDIAL DE ORACIÓN DEL PAPA
Secretariado Nacional del Apostolado de la Oración

http://apostolado.org.ve/

@aposvenezuela
@aposvenezuela **apostoladovenezuela**

E-mail: aporlacasta@hotmail.com
Residencia de Jesuitas, Iglesia de San Francisco,
El Silencio, Esq. Pajaritos. Caracas.

Teléfonos
Oficina 0212-832 2024 Residencia 0212-482 2442

Horario de oficina
de lunes a viernes de 9:00 am a 11:30 am

Coordinación: Leida Machado | Diseño gráfico: María Elena Ayala
Director de la Web: Humberto Santos Mijares